

## **Covid-19: discursos edificantes contra el poder de la ciencia**

**Nicola C. Pairetti**

Nunca como en este tiempo de pandemia se ha hecho tan evidente la exigencia de extraer conclusiones, posmetafísicas, de la tesis de Heidegger sobre el *Ge-Stell*, enunciada en su libro *Identidad y diferencia* del año 1957. En el *Ge-Stell*, la metafísica según Heidegger, alcanza su cumplimiento y al mismo tiempo su liquidación. Se trata, pues, de un mundo técnico que invita a prestar atención, no tanto a lo representado por la técnica, sino al ser que habla en la esencia de la técnica. Entretanto, haciendo uso de la jerga de Adorno, podemos decir que nos encontramos inmersos en un mundo “totalmente administrado”. Ello significa que la ciencia y la técnica pretenden apoderarse, una desde el plano teórico y la otra desde el instrumental, de un conocimiento objetivo que luego intentan imponer como más verdadero que otros. En virtud de ese procedimiento se configuran los contornos de lo que denominamos realidad. Huelga aclarar que no siempre este diseño técnico de lo real es una tarea ingenua. Existe una relación de connivencia o complicidad entre las ciencias y algunos gobiernos, encaminadas a legitimar las proposiciones de aquellas, pero con la intención de conservar la ideología política de turno. De modo que las ciencias, muchas veces, guardan una relación espuria con las llamadas políticas de las descripciones. Un caso paradigmático, por ejemplo, ocurrió en el año 2004, cuando el presidente George W. Bush galardonó a John Searle, por su filosofía defensora de la objetividad de la razón, entre otras cosas claro está, consolidando de este modo un avance del conocimiento al servicio del poder de EE. UU. (Cfr. Vattimo y Zabala, 2012, pp. 25-26).

A mi juicio, a la luz de lo indicado, existen fundadas razones para sostener que el Covid-19 ha vuelto a reinstalar en la cultura actual la vieja polémica iniciada a finales del Siglo XIX, entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. Quizás el tono de esta contienda se asocie actualmente con cuestiones de índole política y no tanto de puja por el estatuto epistemológico, que caracterizó los inicios de esta discusión. No me ocuparé aquí *in extenso* de este debate. Sólo me limitaré a mencionar de pasada que Gadamer, en su obra fundamental

*Verdad y método* (1960), se propuso hacer justicia a la verdad de las ciencias del espíritu, liberándolas de la metodología característica de las ciencias de la naturaleza. Así, pues, dicho de manera esquemática, postuló la tesis acerca de la concepción participativa de toda comprensión. De este modo, gracias a Gadamer “comenzó verdaderamente el término de hermenéutica a imponerse en la conciencia general” (Grondin, 2008, p.69). Por supuesto que antes de Gadamer, Nietzsche y Heidegger ya habían propuesto una concepción filosófica de la hermenéutica. Y en la senda abierta por estos maestros se inscribe Vattimo con su noción débil-nihilista de la hermenéutica elevada al rango, según su tesis muy atendible, de nueva *koiné* cultural.

A pesar de lo señalado, daría la sensación de que tanto la cultura en general, como la política en particular, todavía no pueden resistir la tentación de medir sus progresos si no es apoyándose en el pensamiento metafísico-objetivo. Máxime en condiciones de emergencia, donde la humanidad se encuentra sometida a la amenaza de un virus de alto nivel de contagio y muy letal. Cuestión que empuja a todos de manera desesperada a buscar esas certezas típicas de la metafísica, a ceñirse a la más pura inmediatez para poder controlar los miedos que suscita esta pandemia. Para respaldar la tesis que intento defender, quisiera subrayar que en este contexto de lucha contra el Covid-19 en Argentina, por ejemplo, pareciera, con todo lo discutible del caso, haberse desembocado *mutatis mutandi* en cierta política de las descripciones, con visos marcadamente positivistas. El presidente de los argentinos, Alberto Fernández, convocó al comité de expertos, (cabe preguntarse si se puede hablar de experticia de cara a un virus totalmente desconocido) para tomar las decisiones más adecuadas en beneficio de la población. Así, pues, según reza el título y el copete del diario Clarín, dicho comité está integrado por siete especialistas infectólogos y epidemiólogos. Como puede apreciarse, entonces, en este comité de asesoramiento están excluidas las voces de los representantes de las ciencias del espíritu.

No estoy diciendo con esto que el Gobierno de Argentina haya establecido una relación de complicidad con la ciencia, al mejor estilo de los EE.UU. como mencioné anteriormente; más bien intento reflejar que en este comportamiento se vislumbra la imposición de sentido

propia del *Ge-Stell*, que empuja a mirar la realidad siempre como un dato objetivo, calculable, medible. En la constelación *Ge-Stell* se efectiviza de manera excepcional el lema del padre del positivismo, Augusto Comte: conocer para prever y prever para dominar. El positivismo como es sabido, conlleva la preocupación por explicar los hechos, el gusto por el conocimiento útil, la certeza, la organización. Pero mientras el gobierno cae en un reduccionismo científico con vistas a contrarrestar las consecuencias del virus, se torna miope para desarrollar una política que se tome en serio la condición de los más necesitados. Todo se analiza desde la óptica de los especialistas, cuyo único consejo no es otro que el confinamiento ultraexagerado. Y como ocurre siempre que alguien dice poseer la verdad, inmediatamente se desemboca en una postura autoritaria, que conlleva el silenciamiento de los que no están de acuerdo con las ideas de los “expertos”. De modo que se intimida a todos a obedecer el confinamiento obligatorio, a costa de multas muy onerosas, o, en algún caso, a pasar horas en la Comisaría, donde el trato que se prodiga al acusado se homologa al de un condenado por delitos graves. Existen muchísimos testimonios de estas experiencias de abuso de poder por parte de la policía, que los noticieros reflejan a diario. Se incurre de esta forma en la paradójica situación de maltratar a los mismos que se procura cuidar.

Entretanto, como si lo dicho fuera poco, los presos han solicitado un *Haveas corpus* que, después de una serie de debates improvisados por los poderes de turno, les fue concedido a un importante número de condenados. Esto trajo aparejado graves problemas, entre ellos, muertes y hurtos provocados por estos excarcelados con prisión domiciliaria, los cuales tuvieron que ser nuevamente capturados. Ni que hablar de la disconformidad que la sociedad comenzó a expresar respecto de este procedimiento de excarcelación, que el gobierno (aunque todavía no sabemos si es su responsabilidad) llevó adelante en este contexto de pandemia. A esto se le añade la no asunción de responsabilidades, como siempre ocurre en Argentina, puesto que el poder ejecutivo culpa al poder judicial de esta medida y viceversa.

Por otra parte, toda vez que esta recomendación de “quedarse en casa” es llevada al extremo, se produce otro daño colateral consistente en empobrecer definitivamente a una buena parte de la población, puesto que no puede realizar ningún trabajo. Y, en este punto, los es-

pecialistas en economía no han aportado soluciones viables, puesto que han prometido créditos para las empresas a los que muy pocos pudieron acceder a causa de los requisitos exigidos. Nadie dice que sea tarea sencilla lidiar con una pandemia de esta magnitud. Pero lo cierto es que, para encaminar los diferentes aspectos del componente social, la mirada casi exclusiva de la ciencia se ha mostrado demasiado reductiva y muy peligrosa en determinadas cuestiones. A este respecto, es oportuno recordar aquí una advertencia de Vattimo formulada en el marco de una reflexión sobre la tarea del pensar, donde señalaba lo siguiente: “la filosofía entendida como función soberana de los sabios en el gobierno de la *polis* está muerta y enterrada (...) subsiste el problema, en específico democrático, de evitar que la autoridad del rey-filósofo sea sustituida por el poder incontrolado de los técnicos de los diferentes sectores de la vida social” (Vattimo, 2010, p.37). Esta exhortación de Vattimo alude de modo directo a su particular preocupación por hacer cuentas con aquel aspecto del ser que habla en la esencia de la técnica. Por eso califica como peligroso el poder de los técnicos, toda vez que golpea el corazón del Estado, desbaratándolo en la distribución objetiva de los innumerables centros que cultivan las variadas especializaciones (Cfr. Vattimo, 2010, p.37). En pocas palabras, su inquietud se vincula a la posibilidad de que el Estado delegue su poder en manos de la técnica, o de la racionalización científica, tal como lo estamos viendo en Argentina en este contexto.

Ahora bien, contrariamente a lo que pueda pensarse de Vattimo, teniendo en cuenta esta observación acerca de la técnica, es importante aclarar que está muy lejos de ser un pensador reluctante al evento científico-técnico. Más bien, se trata de un intelectual que intenta comprender tanto los desarrollos como los resultados de este evento, sin condenarlos. Más precisamente, Vattimo busca asumir hasta el fondo el *Ge-Stell* heideggeriano, a través de una interpretación disolutiva. Si bien Vattimo no ha escrito nada sobre el Coronavirus, sin embargo, en su hermenéutica de la disolución (véase Pairetti, 2017), encontramos muchos elementos para iluminar la situación actual que vinculan a un tiempo la política, el pensar filosófico y la tecnociencia. De manera sucinta, contando como fondo de discusión con uno de los artículos sobre el virus, me aventuraré a elucidar lo que Vattimo diría en este contexto.

Entre las muchas reflexiones acerca del Coronavirus, se encuentra el artículo: “*La emergencia viral y el mundo del mañana*” de Byung-Chul Han (22 de marzo), quien describe largamente el sistema de vigilancia asiático como modelo para superar la pandemia. El filósofo surcoreano, subraya que en Asia el combate contra la epidemia no es privativo de virólogos y epidemiólogos, “sino sobre todo también de los informáticos y los especialistas en macrodatos”. Esta vigilancia digital instrumentada a través de los big data, es capaz de salvar vidas humanas. Según Byung-Chul Han, este control digital no se enfrenta a una conciencia crítica en los Estados asiáticos, puesto que, en ellos impera el colectivismo, dicho en otras palabras, no hay un individualismo acentuado. Esta sería la razón cultural para alegar la no resistencia a la vigilancia casi absoluta sobre los sujetos. Aducir este tipo de razones para señalar que la esfera privada no existe en Japón, Corea, China, Hong Kong, Taiwán o Singapur, por efecto del confucionismo que formó (o deformó) la tradición cultural generando en estas sociedades la tendencia a obedecer y confiar en Estados autoritarios, me parece que no hace justicia al complejo problema heideggeriano del ser que se esencia en la técnica. En efecto, no creo, siguiendo en esto la interpretación disolutiva de Vattimo, que la adaptación sin discusión de los asiáticos a la vigilancia digital, responda a una ideología cultural; más bien, habría que ver aquí un enésimo modo del *Wesen* entendido “como regir, como modo de darse de la técnica misma” (Vattimo, 1992, p. 64). Se trata, sobre todo, de hacer cuentas con el *Ge-Stell* que Vattimo traduce como *imposición* (Vattimo, 1999, p.161). Byung-Chul Han sería para Vattimo ese tipo de pensadores que niegan el *Ge-Stell* como horizonte destinal, e intentan salir de él con un renovado acceso a una experiencia original, como la que se hace visible en este artículo y en todos sus libros de ensayo, abocados a demonizar el efecto de las tecnologías modernas.

Byung-Chul Han teme que después de la pandemia, una vez que se haya verificado la eficacia del sistema de vigilancia digital, este arribe a Occidente e instale el Estado policial digital al estilo chino. A esto añade que el virus no puede generar una revolución y menos aún reemplazar a la razón. Naturalmente que Vattimo adscribiría a este temor por la imposición de este sistema de vigilancia, pero con total seguridad discreparía en la solución de contraponer un esquema político, de tipo metafísico, como el que subyace en estas indica-

ciones de Han, mucho menos cuando alude a la razón, como modo privilegiado de transformar el mundo. Cabe preguntarse frente a esta postura apologética de la racionalidad: ¿A qué razón se refiere Han? ¿A la razón capaz de reflejar una esencia de lo que es la política verdadera? ¿Podemos hablar de la razón en este tiempo del final de la metafísica sin caer en la violencia de la interpretación? ¿No será que la política, mejor aún la democracia, sólo es posible si se despende de la verdad?

En otro orden de cosas, Byung-Chul Han, critica el estilo de solidaridad que se gestó en esta pandemia, consistente en guardar distancias mutuas, sostiene que no es auténtica solidaridad, puesto que no permite soñar con una sociedad distinta, más pacífica, más justa. Aquí se trasunta nuevamente un anhelo de fundación de la ética de carácter metafísico, a la que muy pocos o ya nadie estaría dispuesto a adscribir. ¿Existe la Solidaridad? ¿Quién dice que ser solidario no sea algo que se identifique con guardar las distancias entre las personas? ¿Por qué deberíamos tener un ideal de solidaridad que nos oriente de manera definitiva en este mundo cambiante? En todo caso, Vattimo sostendría contra este tipo de posturas éticas, que el límite de la interpretación es la caridad, ya no la verdad. Vale decir que consideramos verdadero cierto tipo de comportamiento ético-moral porque nos hemos puesto de acuerdo, no porque partimos de una verdad previa. Y ese tipo de acuerdos, es resultado de un consenso que se esfuerza por corresponder a una época donde los ideales han tocado su ocaso. Incluso, donde el concepto de racionalidad dista mucho de ser un dominio de ilustrados, sino, antes bien, una dimensión dialógica conversacional, en la que los involucrados participamos activamente en aquellos asuntos que nos atañen.

Para concluir este artículo, creo junto con Vattimo, que la función de los científicos no puede legitimarse pretendiendo valer como la descripción adecuada de un estado de cosas metafísicamente, sino que debe reconocerse también ella como una interpretación. Es cierto que todo tiende a ser administrado tecno-científicamente, pero no es menos cierto que debemos abandonar los argumentos de tipo ostensivo, como: “te muestro que”, y pasar a discursos edificantes tales como: “no te parece que sería mejor sí” (Cfr. Vattimo, 2013, p.118).

Finalmente, contra la advertencia de Byung-Chul Han, con la que cierra su artículo: “No podemos dejar la revolución en manos del virus”, podemos decir con Vattimo, que toda revolución en el final de la metafísica, ya no es algo que esté en manos de los sujetos, sino un evento que es inherente al ser mismo y sus vicisitudes. “La conversión es una cuestión del ser en sí, no de nuestra relación individual con los entes” (Vattimo, 2010, 138). ¿Por qué no pensar y esperar que los acontecimientos que se agitan en torno al virus, aspectos propios del *Ge-Stell*, provocarán un nuevo orden global?

#### BIBLIOGRAFÍA

Grondin, Jean, *¿Qué es la hermenéutica?* Barcelona, Herder, 2008.

Han, Byung-Chul, *La emergencia viral y el mundo del mañana*, <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>

Heidegger, Martín, *Identidad y diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1990.

Pairetti, Carlos, *Hermenéutica de la disolución en Gianni Vattimo*, Rosario, Ciudad Gótica, 2017.

Vattimo, Gianni, *Adiós a la verdad*, Barcelona, Gedisa, 2010.

- *De la realidad. Fines de la filosofía*, Barcelona, Herder, 2013.
- *Las aventuras de la diferencia*, Barcelona, Altaya, 1999.
- *Más allá del sujeto: Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1992.

Vattimo, Gianni y Zabala, Santiago, *Comunismo hermenéutico. De Heidegger a Marx*, Barcelona, Herder, 2012.